

Le pidió que la acompañara, pero no le dijo adónde. Se juntaron en la esquina de Morandé con Alameda, en una de las entradas de la farmacia. Era domingo.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—¿Quieres acompañarme? —respondió ella.

Subieron a una micro que cruzó Alameda y tomó Nataniel. La micro iba casi vacía. Sólo viajaba una mujer en el primer asiento. Tenía unas venas gruesas y moradas en los brazos: parecían alambres incrustados bajo su piel. Claudia avanzó hasta el fondo.

—¡Ven! —le gritó desde allá.

La micro saltaba como una coctelera. Bajaron a la altura del hospital El Llano. Claudio la siguió con pasos decididos hasta el hospital.

—¿Qué pasa? —le preguntó en la entrada.

—Nada, es mi mamá —dijo Claudia.

—¿No era que estaba muerta?

Ella levantó los hombros y soltó una palabra que más pareció un soplido:

—Quizás.

—¿Quizás qué? —preguntó él.

—Quizás está muerta.